

vista con las infinitas luces de cera y aceite que dibujaban las líneas, andenes, molduras, frisos y cornisas; y el tañir de las campanas, las sonoras melodías de los órganos y el acompasado y solemne cantar de los monjes, produjo en sus ánimos un efecto grandemente religioso.

La capital de la monarquía celebró también la entrada de la nueva Reina con públicos y suntuosos festejos (1599), derribando manzanas enteras de casas para ensanchar las calles por donde debían pasar SS. MM., que para esto, dice un historiador, no se economizaban dispendios en el nuevo reinado.

En 1603 tuvo la Comunidad que llorar la muerte del modesto é inteligente Fr. Antonio de Villacastin. Murió en la paz del justo á los 90 años, y despues de haber disfrutado largo tiempo de la magnífica vivienda en cuya edificación jugó un papel importante.

Parecía natural que la Comunidad agradecida hubiese erigido un monumento á este hombre; pero su sepulcro es tan modesto como había sido su vida, y es de notarse no exista en el Escorial mas retrato de este monje singular que el que pintó Luqueto en la bóveda del coro, y el menos parecido de Jordan en una de las fajas de la escalera. En los últimos años de su vida manifestó el deseo de que á su muerte se le enterrase en la puerta de su celda: así se hizo.

*este año de 1467
gia de los y no cen
tes estando el
he presente
hici er en pro fe
sion vi frailes.*

LETRA DEL P. VILLACASTIN.

*Gloria Patri et filio et spiritus S.^{to} sicut erat in principio et
nunc et semper, et in secula seculorum Amen*

LETRA DEL P. SIGÜENZA.

Tres años despues, y á poco de haber admitido de nuevo el célebre P. Sigüenza la silla prioral, que tanto le privaba dedicarse al estudio, murió de un ataque apoplético.

Si la vida ejemplar y austera de este santo varon, si sus eruditas producciones, unido todo á la circunstancia de ser tan distinguido helenista, lo perseguido que se vió del Santo Oficio, y la esclamacion de los cortesanos en la hora de su muerte, no constituyesen su mejor y mas justa apologia, bastaria á inmortalizarle el elogio que en cierta ocasion hizo de él Felipe II. *Los que vienen á ver esta maravilla del mundo, dijo, no ven lo principal que hay en ella sino ven á Fr. José de Sigüenza, que segun lo merece durará su fama mas que el mismo edificio, aunque tantas circunstancias reune de perpetuidad y firmeza* (1).

La Comunidad hizo justicia á tantas virtudes y cualidades intelectuales, llorando como era justo su pérdida, y dando sepultura á sus cenizas junto á la iglesia vieja, donde reposan.

Restablecida otra vez en Madrid la capitalidad, Felipe III rodeado de diversiones parecia relegar al olvido sus paternales deberes, y pasaba una vida agitada entre el bullicio y el solaz de los torneos, de las mascaradas, de las corridas de toros, y de las partidas de montería. Hallándose de jornada en el Escorial en 1606, dió suficientes pruebas de no querer que el impertinente despacho de los negocios interrumpiera sus distracciones. No se permitía á persona alguna acercarse al Real Sitio durante la estancia de SS. MM., bajo pena de azotes ó destierro á los dueños de posadas que se supiese habían recojido á alguna persona en ellas; bien que no se daba lugar á tanto, porque los guardas que vigilaban las afueras tenían buen cuidado de hacer á los viajeros volverse sin dejarlos apear, *que SS. MM. (decian) son venidos aquí para holgarse, no para tratar de negocios* (2).

F. ANT. DE VILLA
CASTIN HVIVS
REGIAE FABRI
CAE PRAEFECTVS
HIC ANTE IANVAM
CELVLAE SVAE
SER OBIT NONA
GENARIVS IV. DIE
MARTH ANNO
1603.

LOSA DEL P. VILLACASTIN.

HIC DORMIT
QUI SEMPER UI
GILAVIT. R. P. E.
JOSEPH. DE SI-
GVENZA. HVIVS
R. COENOBII. P.
DISCIPLINÆ DECVS
CHRISTIANA LV
GET HISTORIA
QUIA PLURA
SCRIPTA LEG.
OBIT DIE XXII
MII ANNO
MDCVI.

LOSA DEL P. SIGÜENZA.

(1) Es fama que al fallecimiento de este insigne varon dijeron los cortesanos al Rey: «Hoy ha muerto el mejor hombre y mas docto que en estado religioso se conocia.»

El tiempo y la mucha humedad habían borrado completamente la inscripción que se puso en su lápida sepulcral, pero en 1836 fué renovada, así como la del P. Villacastin. Reciba nuestro parabien quien quiera que sea el autor de estas restauraciones, algo mas de agradecer que la que se hizo antes y en el mismo año de otro letrero de poca importancia.

(2) Palabras históricas de Luis Cabrera de Cordoba, el minucioso y bien informado anotador de lo que pasaba y presenciaba él mismo en la Corte. (Manuscrito de la Biblioteca Nacional, carta del 13 de julio de 1606. Lafuente, tomo XV, pag. 400.)

CAPÍTULO III

Principios del Panteon.—Muerte de Felipe III.—Prosiguese el Panteon Régio del Escorial.—Dificultades que se presentaron.—Fr. Nicolás de Madrid.—Solemne traslacion de los cuerpos Reales á la régia bóveda.—Panteon de Infantes.—Reinado de Felipe IV.—Minoría de Carlos II.

1617—1684.



IGNO es de notarse que á pesar de su prodigiosa actividad, y los sorprendentes esfuerzos de Felipe II por concluir la fábrica del Escorial; á pesar de que uno de los principales objetos de su edificación fue construir el panteon de los reyes de España, esta obra solo se comenzara en su tiempo de una manera vaga, y lanzase en los últimos años de su reinado las siguientes palabras: *Ya he hecho casa para Dios; ahora mis hijos cuidarán de hacerla para mis huesos y los de mis padres* (1).

Así pues, consiguiente á lo dispuesto en la última voluntad del Fundador, su hijo Felipe III se creyó obligado á proporcionar á las cenizas de sus antepasados el mayor decoro, y en 1617 mandó que se diera principio á la obra del panteon. Acudieron los artífices mas entendidos y afamados en el arte, siendo elegido entre estos para la ejecucion de la obra Juan Bautista Crescenci, despues Marqués de la Torre, con cuyo título quiso Felipe IV galardonar el talento y celo que desplegó en la formacion de los planos de aquella bóveda sepulcral, hermano del Cardenal del mismo nombre, sugeto muy instruido y conocedor de las antigüedades de Roma, donde nació; y para la parte material un vizcaino llamado Pedro Lizargarate, acreditado lapidario.

Adoptóse desde luego la forma, traza y ornato que hoy tiene, y comenzóse á trabajar con celo tanto, que en poco menos de tres años se hallaba todo cubierto de mármoles hasta el arranque de la cúpula, concluidas algunas urnas, y dispuestos y dorados muchos de los bronceos que le estaban destinados.

La temprana muerte de Felipe III, acaecida el 31 de mayo de 1621, vino á paralizar los trabajos del panteon, que seguramente se hubieran continuado sin demora. Pero á mas de aquel acontecimiento y de los apuros del erario, surgieron para esta malhadada obra dificultades de otro género, que si el P. Sigüenza hubiera podido describirlas, de seguro nos habria dicho que el demonio se habia opuesto á la construccion de aquella bóveda.

Sustentóse la Monarquía en el reinado de Felipe III, mas bien por el valor y pericia de sus guerreros y la habilidad de sus

(1) Santos, fóllo 123 vuelto.

diplomáticos, que por la sabiduría de su Ministro. De genio dulce y bondadoso, conoció la amistad, deseó el bien de sus pueblos, fue excelente marido y buen padre, y poseyó todas las virtudes domésticas y religiosas; pero careció de los talentos necesarios para gobernar, y aun manifestó grande antipatía á la gestion de los negocios públicos, por lo cual apenas cogió las riendas del gobierno las pasó á manos de un valido, que por cierto no se mostró mas hábil que él en la administracion.

Su falta de instruccion, de ingenio y de carácter, fueron causa de que ningun ministro pudiera apoyarse con fiadame en él, porque la intriga mas toscamente urdida bastaba para volcar al mas fuerte favorito. El sello de la raza austriaca, ennoblecido por el Emperador Carlos V, estaba casi borrado y hasta degradado en Felipe III moral y físicamente, tanto que el grosor del lábio inferior, signo constante de la casa de Austria, estaba muy lejos de espresar en él el orgullo y la firmeza; aquel lábio en Carlos V, dice un moderno escritor ⁽¹⁾, representó la magestad altiva y orgullosa; en Felipe II el despotismo soberbio; pero en Felipe III no representaba al dominador ni al déspota; habíase vulgarizado, y mas bien que un rasgo era un defecto.



JUAN BAUTISTA CRESCENCIO.



PEDRO LIZARGÁRATE.

La paralización del panteon duró hasta el año de 1643, que reinando Felipe IV volvió á proseguirse y se terminó. Este Monarca habia heredado una nacion pobre y llena de apuros; habíanse complicado de tal modo los negocios políticos, y estaba tan exhausto su erario, que varias veces habia tenido que hacer un llamamiento á la generosidad de sus vasallos, los cuales supieron corresponder dignamente á sus deseos; y habia pensado despues pedir á las Comunidades religiosas la plata labrada de sus iglesias: pero estas no tuvieron ocasion de servir á su Monarca, porque al cabo no hubo de ello necesidad. He aquí por qué la obra del panteon, suspendida desde la muerte de Felipe III, continuaba en la misma inaccion.

El advenimiento de Felipe IV fue celebrado por el pueblo con regocijos, sin tener otro motivo, segun un escritor de aquella época, que la mudanza de Monarca. «Ninguna cosa, dice, despierta tanto el bullicio como la novedad..... y la mejor fiesta que hace la fortuna y que mas entretiene á los vasallos, es remudarlos el dominio.»

En los primeros años de su reinado estuvo muy próximo á perder aquel monasterio algunas de sus pingües posesiones.

Conforme iba avanzando el tiempo, iba tambien viéndose cada vez mas en lontananza, cual leve y fugaz sombra ó indiferente recuerdo, la memoria de Felipe II; y como este se alejase del corazon de sus sucesores, era una consecuencia inmediata y natural la tibieza hácia aquel edificio y su Comunidad. Muy lejos estaba la nacion de esos sacudimientos políticos que arrancan de raiz ciertas instituciones, y ocasionando un completo trastorno en el orden social, derriban de un golpe clases enteras; pero los consejos de los allegados á los reyes, bien fueran hijos de la envidia, bien de un legítimo deseo de innovacion ó reforma prudente, lo cierto es que influian poco á poco en el corazon de los príncipes, y su resultado fue que estos hubieron de perder algo de aquel peculiar y constante interés con que hasta entonces habian mirado al Escorial. Dias mas felices, sin em-

(1) Fernandez y Gonzalez en *El Cocinero de S. M.*

bargo, le esperaban en otros reinados, y tambien dias de luto. Efectivamente, todos estos sucesos habrán de pasar ante nuestros ojos, y ser sometidos al juicio de nuestros lectores.

No ha mucho hemos dicho que aquel Monasterio estuvo á punto de perder algunas de sus pingües posesiones, y esto consistió en que pareciendo á algunos exorbitantes las rentas de aquella Casa, el Conde-Duque de Olivares trató de quitarla la dehesa de Campillo; pero el Prior Fr. Martin de la Vera luchó con el poderoso Duque, y consiguió que el Rey desistiese de semejante idea.



FR. MARTIN DE LA VERA.



RUBENS.

Algun tiempo despues (1623) vino á España por primera vez el famoso pintor Rubens, con carácter de Embajador extraordinario, desde Bruselas, para negociar ciertos tratados de paz. Por esta vez no fue el célebre maestro al Escorial, y no falta escritor que asegura que la soberbia basilica desagradó al gefe de la escuela flamenca ⁽¹⁾.

Veamos, pues, lo que aconteció con la visita del célebre maestro. Corria el año de 1628, y en una espaciosa celda del claústro principal del Escorial, la mas contigua á las reales habitaciones, notábase cierta mañana grande agitacion. Era el estudio del, aunque joven, ya distinguidísimo pintor D. Diego Velazquez de Silva. Felipe IV, el Rey poeta y artista, apreciaba en tal manera el talento del pintor español, que á mas de los muchos honores que le habia dispensado, quiso que viviese y trabajase bajo su mismo techo, sin duda para mejor saborear los trabajos del eminente maestro. Tenia el Rey una llave del taller de Velazquez, y comunicándose con él desde su aposento, iba muchas veces á verle pintar, y aun con sus augustas manos hacia algunos dibujos delante del artista ⁽²⁾.

La causa del movimiento que hemos dicho se notaba en aquella habitacion, consistia en que se esperaba la visita del gran Rubens, de aquel cuyas obras habia admirado ya Velazquez en sus viajes á Italia, Alemania y Flandes. Tambien se esperaba la visita de Felipe IV ⁽³⁾.

Habitaba en compañía de D. Diego un sér extraordinario y singular, un mulato, un pobre esclavo, tímido de génio, á quien queria mucho su protector Velazquez, pero que en ausencia era el juguete de todos los discípulos de aquel.

⁽¹⁾ Voyage pittoresque en Espagne et en Portugal par Emile Bégin.

⁽²⁾ A fuerza de investigaciones hemos podido descubrir que la celda de Velazquez es la que está en el claustro principal junto á la aulilla de moral; hállase formada de otras tres que se comunicaban por dentro, tiene por consiguiente tres puertas que dan al claustro, y en la primera se descubren aún las señales de haber tenido una mampara por la parte exterior. El rey podia muy bien subir desde su habitacion por la escalera llamada del Patrocinio, y entrar en el taller del artista sin interrumpir á los monjes en sus devotas ocupaciones, y acaso sin ser visto.

⁽³⁾ Este suceso ha sido copiado casi en su totalidad del que publicó en el periódico *El Domingo* nuestro amigo el Sr. Vizconde de San Javier.

Debemos á nuestros lectores dos palabras para la mejor inteligencia del asunto que nos ocupa.

A peticion del Rey hizo Velazquez el retrato del célebre Almirante Pareja. Entusiasmado el marino al ver tan admirablemente reproducidas sus facciones fue á darle las gracias, llevando consigo á un joven mulato que, aunque nacido en Sevilla, era esclavo por haberlo sido su padre. Este mozo llevaba una magnífica cadena de oro, que su amo regalaba al pintor, y terminada la presentacion y al marcharse el Almirante, el esclavo, que se llamaba Juan, iba á seguir á su amo; mas el áspero marino le dió un puntapié acompañado de estas palabras.—«¿Crees, grandísimo bellaco, que cuando ofrezco una cadena de oro no dejo tambien el estuche? Desde este momento perteneces al pintor Velazquez.» Dijo, y saliendo con altivo continente, desapareció de la estancia.

Desde entonces comenzaron las burlas de los discípulos del gran maestro hácia el mulato, y mirándole como un sér estúpido, que la suerte les habia deparado para su diversion y befa, le llamaron Juan Pareja, nombre que conservó siempre. Velazquez, que desde luego se compadeció del pobre chico, le encargó el cuidado y limpieza de la paleta y del taller, ocupacion que, si bien de poco trabajo, era en cambio la mas á propósito para ejercitar la paciencia del pobre mulato.

Tantas y tan pesadas fueron las chanzas dirigidas á Juan, que aburrido y fastidiado huyó á una especie de camaranchon desconocido, en donde se ocultaba y ponía al abrigo de sus perseguidores tan pronto como se ausentaba el profesor.

Hase dicho por efecto de la esperiencia que el hombre es imitador, que la industria llama á la industria, y que las artes se propagan con el estímulo; pero en realidad algo mas se necesita para formar un artista: preciso es que en la cabeza de este exista ese *quid divinum* sin el cual no hay inspiracion, sin el cual no hay ingenio; y sin embargo, preciso es confesar que las circunstancias mas insignificantes producen el desarrollo de esa facultad, aun en las almas en que menos se sospechara su existencia. Teniendo Juan á su disposicion multitud de pinceles, lienzos y colores, al cabo de dos años no pudo resistir al deseo de ensayarse en el divino arte; y aun cuando conocia que en el principio solo embadurnaba lienzos, en ello experimentaba un placer indecible, satisfaciendo una necesidad.

Ya hemos dicho que en la vivienda de Velazquez se aguardaban dos visitas; y si apreciable era para aquel la del rey, no lo era menos acaso la del ciudadano de Amberes, porque la primera le colmaba de honores con bastante frecuencia, mientras que la segunda le proporcionaba el placer de ver al insigne maestro, hablar con él, y acaso conseguir de él algunos consejos, logrando adelantamientos en su sublime arte.

En aquellos tiempos no se pronunciaba en Europa sino con un respetuoso entusiasmo el nombre de Rubens. En su generosa patria, en Holanda, en el Imperio, en Francia, en Italia, en Inglaterra, en todas partes era reverenciado aquel nombre, ciertamente muy digno de serlo. Honraban á Rubens con su amistad todos los príncipes reinantes: María de Médicis le queria; Felipe IV le habia colmado de dignidades; el Rey de Inglaterra Carlos I le calzó la espuela de caballero en pleno capítulo; la Infanta Isabel se complacia en sentarse al lado de su caballete; justo era pues que en España se le recibiese con entusiasmo, y que Felipe IV le armase caballero, le concediese carta de naturaleza, y le nombrase su gentil hombre.

Los lienzos de Rubens ornaban todas las galerías de Europa, y habia fundado escuelas de dibujo y de grabado que habian de admirar al mundo.

En su calidad de arquitecto consumado, supo construir su propio palacio y la Catedral de Amberes; en la de diplomático acertó á concluir tratados de paz, valiéndose al propio tiempo de los consejos de los primeros sábios de Europa.

Velazquez quiso mostrarse á Rubens rodeado de sus mejores obras, y solia decir que su fama sería bien pequeña si no merecia la aprobacion de Pedro Pablo. Para aquella entrevista habia hecho su famoso cuadro de la túnica de José, que admiramos en las salas capitulares; y aún conservaba Velazquez fresca la idea de las grandes obras que dos años antes habia hecho Rubens en Madrid.

Llegaron por fin las dos visitas, y abrióse de par en par la mampara de la gran celda; Felipe IV, rodeado de la flor de los Grandes de España, llegó el primero: detrás venia el segundo grupo; era Rubens con Van-Dick, Suciders, Van-Uden, Gaspar Wideus, Craser, y otros discípulos suyos, que siempre le acompañaban en sus embajadas.

Así que el artista flamenco se halló en presencia del Rey se apresuró á inclinarse para besarle la mano, pero Felipe IV no lo permitió. «Estamos, le dijo, en casa de un pintor, y aquí vos sois el monarca.» Cojióle al mismo tiempo del brazo, y á despecho de la severa etiqueta, ambos reyes dieron una vuelta por el taller seguidos de sus cortes.

Juan de Pareja, el esclavo mulato, se manifestaba mas fascinado que los demás circunstantes, y sus ardientes miradas parecian querer devorar al gran hombre con profunda admiracion: una buena parte de su vida hubiera dado por que se le permitiera postrarse á sus pies; la presencia del Monarca, que en otra ocasion le hubiera sobrecogido, érale entonces del todo